

UN TRATADO CON GRAVES CONSECUENCIAS PERTURBADORAS

Cualquiera que sea el valor o la significación del Tratado de suspensión parcial de las pruebas nucleares, cuya firma en Moscú representa la culminación de más de diecisiete años de negociaciones entre los dos mundos salidos de la segunda guerra mundial, no queda sitio ya para la duda sobre los efectos y consecuencias, profundamente perturbadoras, que está teniendo. Su importancia real puede ser grande o pequeña—acaso más bien pequeña que grande, por lo menos desde un punto de vista práctico—, pero la influencia que ha ejercido hasta ahora en las relaciones entre los Estados Unidos y algunos de sus aliados y amigos ha sido más bien desfavorable.

Francia, por razones particulares y muy especiales, que datan desde el año 1958, en que el general De Gaulle pidió la introducción de cambios importantes en la O. T. A. N., se ha negado a tomar nota, siquiera, de su existencia. Al seguir adelante con sus preparativos, no sólo para el desarrollo de su propia fuerza nuclear independiente, con los medios adecuados para dejarla sentir sobre un objetivo militar, en caso necesario, sino para la realización de pruebas nucleares en la atmósfera, supone, para empezar, que existe la posibilidad grave de que la duración de ese tratado sea muy efímera. Si Francia se dedicase al lanzamiento en serie de bombas nucleares en la región del Pacífico, con fines experimentales únicamente, costaría un trabajo enorme el evitar que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética iniciasen de nuevo sus propias explosiones, con miras a poner a prueba algunos de los adelantos que sin duda habrán hecho mientras tanto.

Con el ánimo de dar alguna satisfacción a la crítica de que era objeto la decisión de los Estados Unidos de llegar a un acuerdo con la Unión Soviética, que pocos creían posible, sin otro fundamento, quizá, que los muchos años que se habían venido negociando sin apenas dar un solo paso de apro-

ximación de posiciones diametralmente opuestas, el presidente Kennedy anunció públicamente, al mes escaso de la firma del Tratado de Moscú y cuando todavía no había sido ratificado por el Senado, que habían empezado las tareas para tener a punto la base de la isla de Johnston, con objeto de reanudar las pruebas nucleares atmosféricas, caso de que fuesen necesarias.

Todo hacía suponer, se dijo con mucha insistencia y aparente autoridad, que el tratado no producía perjuicio alguno a los Estados Unidos y aseguraba, en cambio, la continuación de unas condiciones de clara superioridad norteamericana en materia de armamento atómico y de los medios esenciales para su utilización. Pero en el caso de que hubiese la menor duda sobre la decisión de los Estados Unidos de no dejarse sorprender, no sólo se intensificarían las pruebas subterráneas con armas atómicas, sino que todo estaría a punto para que, a la primera violación soviética del tratado, empezase la nueva serie de pruebas norteamericanas. En pocos días se produjeron tres explosiones subterráneas y los Estados Unidos y el Canadá formalizaron un acuerdo para dotar a las fuerzas armadas canadienses de cabezas atómicas destinadas a fines defensivos y para cuyo uso con fines tácticos no sería necesario contar con la autorización previa de los Estados Unidos. De este modo se dió un paso que, por no haberse dado anteriormente con Francia, había sido causa de dificultades muy serias en las relaciones entre algunos aliados occidentales y de la retirada de los aviones que los Estados Unidos habían tenido estacionados en bases francesas.

Todo parecía desarrollarse en forma tranquilizadora. Pero, desde el primer momento, los efectos producidos en algunas capitales por la firma de ese tratado habían sido de tal naturaleza que la sospecha, el recelo, subían más bien con cada nueva expresión de seguridad o confianza en el futuro. Más graves todavía, quizá, que las consecuencias que se podrían desprender de la actitud de Francia por un lado y China por el otro—que no sólo se desentendía, de la misma manera definitiva que Francia, sino que servía para aumentar mucho la tensión en las relaciones entre Moscú y Pekín y para acabar haciendo inevitable una modificación radical de las condiciones que se quería que saliesen de ese tratado—podía ser el estado de profundo malestar que se había producido en la República Federal Alemana.

Sólo las presiones y las explicaciones habían inducido—aunque no convencido—a la Alemania Occidental a firmar la adhesión a este tratado. Hacía falta, ante todo, una explicación sobre la posición en que se podría encontrar

en el futuro el régimen de la República Democrática Alemana, también firmante del Tratado de Moscú. Interesaba mucho saber si, como consecuencia de esto y de surgir en el futuro negociaciones para una posible reducción de las tensiones internacionales, por la Europa central sobre todo, las dos Alemani­as llegarían a encontrarse frente a frente. ¿Se llegaría a negociar un acuerdo de no-agresión entre la O.T.A.N. y el Pacto de Varsovia? ¿Sería inevitable una retirada de todas o parte de las tropas que los Estados Unidos tienen estacionadas en la Europa occidental? Esta retirada, parcial, es una realidad ya, si bien se explica como el retorno a los Estados Unidos de las fuerzas adicionales que habían sido enviadas a la Alemania Occidental en el momento en que subió mucho la tensión en torno al sector Oeste de Berlín, en 1961. El Gobierno de Bonn está muy preocupado, sin embargo, por temor a que una reducción clara de las tensiones internacionales haría prácticamente inevitable una reducción también de estas fuerzas norteamericanas, cuyo sostenimiento fuera de las fronteras nacionales representa un gasto de unos 3.000 millones de dólares anuales, con lo que se ocasionan graves trastornos financieros a los Estados Unidos.

No todo es igual.

Cualesquiera que sean los méritos o defectos del Tratado de Moscú, es evidente que se trata sólo del primer paso en un camino sumamente largo, como ha dicho el propio presidente de los Estados Unidos. Pero, ¿en qué dirección exacta se camina? Para algunos aliados de los Estados Unidos de mucho peso, como es la Alemania Occidental, la dirección en que se camina o se quiere caminar es la de ir dando forma a un estado de cosas radicalmente distinto al que existía con anterioridad a las negociaciones de Moscú, el pasado julio. Se ha dicho, quizá con razón, que el Tratado de Moscú es el fin definitivo de la guerra fría. Desde un punto de vista rigurosamente histórico, es posible que el fin de la guerra fría se hubiese producido cerca de un año antes, con el acuerdo secreto entre el presidente Kennedy y el jefe del Gobierno soviético, Nikita S. Jruschev, que evitó la temida confrontación nuclear a causa de los proyectiles balísticos que la U. R. S. S. había estado acumulando en Cuba. Si un acontecimiento se relaciona con el otro; si se piensa que el acuerdo primero fué la consecuencia directa de las comunicaciones mantenidas entre los jefes de mayor responsabilidad y poder del mundo actual, y si no se pierde de vista el hecho singular de que no había

«desaparecido el contacto y la cordialidad en las relaciones, por infrecuentes que fuesen, entre Kennedy y Jrushev, ¿sería imposible llegar a la conclusión de que el Tratado de Moscú era la consecuencia de unas relaciones que no habían tenido en cuenta a ninguna otra potencia, grande, mediana o pequeña, de uno y otro campo?

En ese caso, existían razones poderosas para dar por terminada la guerra fría y para esperar que, en el momento oportuno, hubiese nuevas negociaciones, para decidir la forma que habría de tener un mundo que, forzosamente, sólo podría ser distinto al que tuvo como rasgo saliente y característico un estado de tirantez que había dejado de ser exclusivamente ideológico. En el caso, es decir, en que lo hubiese sido en alguna ocasión.

Pero al hacer frente a la nueva situación, ¿se había pensado en que podría introducir cambios radicales en las relaciones entre cada una de las superpotencias y algunas o todas las potencias que forzosamente habían de estar de alguna forma influenciadas por las condiciones resultantes de la declaración y mantenimiento de la guerra fría?

Un periódico de la importancia de *The New York Times*, que ve las cosas, es natural, desde el lado norteamericano y sus inmensos intereses dispersos por la mayor parte del mundo, habló de esto en forma que debería ser, para los Estados Unidos, un motivo de alguna inquietud. Hablaba de una «fricción grave» que había surgido en el seno de «nuestras alianzas», que son, en lo fundamental, las alianzas de los Estados Unidos con una buena parte de los países restantes. Después de aludir a las causas posibles de las diferencias entre los Estados Unidos y sus aliados, se decía en este artículo de fondo que prácticamente todas «parecen haberse agravado en meses recientes, y el desorden en nuestras alianzas es mayor que nunca».

¿Por culpa de quién? De todas las potencias occidentales, pero de los Estados Unidos especialmente. La forma «arbitraria con que a menudo se desarrolla nuestra política y la falta de consulta adecuada con nuestros aliados» ha creado serias dificultades a los Estados Unidos, según este periódico. «Así—se añadía en esta ocasión—las conversaciones rusoamericanas, acompañadas de ocasionales y duras presiones sobre las potencias europeas, despertaron sospechas sobre un trato negociado a expensas de Europa. El trato de Nassau sobre los «Polaris», impuesto a Inglaterra cuando se terminó el proyecto del «Skybolt», dió al presidente De Gaulle el pretexto para vetar el acceso de Inglaterra a «su» Europa y volver la espalda a la Comunidad Atlántica en su totalidad. Y nuestra política de marchar solos en el

Vietnam del Sur nada hace por fortalecer a la SEATO o dar renovadas seguridades a sus miembros, que se verían igualmente comprometidos en el caso de un desbordamiento del Vietcong.»

Y quedaban otras causas, no menos graves, de incomodidad, quizá de grave malestar para los aliados de la gran potencia norteamericana como la insistencia de los Estados Unidos «en mantener un monopolio nuclear práctico en el Occidente», y «los llamativos defectos» de los servicios de información norteamericanos, como se ha vuelto a demostrar en el Vietnam del Sur, o las diferencias con Portugal y el Pakistán. Tienen gran suerte los Estados Unidos, dice este importante artículo de fondo, en contar con unos aliados que consideran como fundamental la tarea de asegurar la defensa del mundo libre, pero «su solidaridad será más fuerte y manifiesta si nosotros (los norteamericanos) eludimos todo lo que pudiera producir en ellos la sensación de que son satélites en potencia y les concedemos el tratado debido a unos aliados y asociados iguales que comparten con nosotros un destino común».

Perspectivas inquietantes.

No parece, sin embargo, que unos consejos en apariencia tan razonables se tengan en cuenta. Los Estados Unidos están dando la impresión de seguir adelante con una política que produce la sensación de buscar ante todo la comprensión, el concurso y la colaboración de la Unión Soviética, principalmente, quizá exclusivamente. Hay motivos, sin duda, para considerar el Tratado de Moscú como una manera de afirmar la decisión de las dos superpotencias nucleares de no querer—de no tolerar si eso fuese posible—que surjan nuevas potencias atómicas (ya se habla de Bélgica como la quinta) y de evitar, si eso fuese posible, que las otras dos, una bien formada ya, la otra en vías de formación, dejen de insistir tanto en la necesidad de mantener su propio *deterrent* independiente, para aceptar y acatar la dirección de los supergrandes de uno y otro campo. La forma en que China se ha revuelto, airadamente, contra la firma soviética de ese tratado y las acusaciones de traición—hecha por la China comunista, a la que según Pekín se le había prometido la bomba atómica, promesa que no ha sido cumplida—apenas sirve para otra cosa que para poner de manifiesto, brusca, chillona y violentamente, sentimientos y reacciones a los que seguramente no se es ajeno por entero en alguno: puntos del mundo occidental.

Sobre todo cuando se advierte la tendencia a continuar adelante hacia la posible conquista de metas como las que han sido esbozadas por el secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, en un discurso reciente pronunciado en la asamblea anual de la Legión Americana. Esbozó unos cuantos objetivos de posibles acuerdos futuros entre el Occidente y el Oriente, de hecho entre los Estados Unidos y la Unión Soviética:

1. Garantías contra la guerra por accidente, error de cálculo o ataque por sorpresa.
2. Reducción gradual de la producción de material de guerra y del nivel de los armamentos, con garantías de inspección.
3. Medidas adecuadas para facilitar un acuerdo sobre Berlín y otros focos de la guerra fría.
4. Vigorización de las fuerzas de la paz de las Naciones Unidas.
5. Liberalización de los intercambios de información y de personas entre la Unión Soviética y los países del Este europeo en general y los Estados Unidos.
6. Extensión de los acuerdos de intercambio existentes.
7. Incremento del movimiento de personas e información entre la Unión Soviética y los Estados Unidos «de una manera natural y normal».
8. Lucha común contra la enfermedad, las catástrofes, la depauperación y el analfabetismo
9. Colaboración científica en dominios tales como la utilización pacífica del espacio cósmico y de la energía atómica.

Con un clima así, de «detente» y colaboración, ¿tiene algo de particular que el jefe laborista inglés—y posible jefe del Gobierno después de las elecciones próximas, cuya celebración no puede pasar, constitucionalmente, de octubre de 1964 y pudiera tener lugar en la primavera que viene—fuese a Amsterdam para hablar, en el Congreso de la Internacional Socialista, en favor de la creación en la Europa central de zonas enteramente desnuclearizadas? Y, más, ¿tiene algo de particular que la actitud de Mr. Wilson, que calificó el Tratado de Moscú como un «mensaje de esperanza», haya producido gran incomodidad entre los social-demócratas alemanes?

Si el espíritu—y la realidad también—del Tratado de Moscú siguiese adelante; si, en ese caso, la guerra fría hubiese acabado, ¿sería aventurado pensar en que la Alemania Occidental sufriese las peores, las más dislocadoras consecuencias?

La firma de este tratado y la adhesión de la República Federal Alemana no sólo en Washington, sino en Moscú, donde ha sido firmado también por la representación del régimen comunista de la Alemania Oriental, a la que el Gobierno de Bonn insiste en considerar como «zona soviética de ocupación», se está convirtiendo en una de las grandes cuestiones políticas de la nación donde, al cabo de catorce años, se produce un importante cambio de Gobierno. El retiro del canciller Adenauer, único jefe de Gobierno que había conocido la Alemania Federal, y la presencia del profesor Ludwig Erhard en el puesto que dejó el vacante, por decisión que no ha sido suya exclusivamente, se produce en momentos de especial interés. La desaparición de *Der Alte* facilita, sin duda, el desarrollo de un debate que en ocasiones pudiera llegar a ser acrimonioso no menos que apasionado.

Intolerable situación.

Si una de las consecuencias principales del nuevo ambiente de negociaciones, y posiblemente de colaboración también, en que hace pensar ya el Tratado de Moscú es el reconocimiento, aun cuando sólo sea *de facto*, del régimen de la Alemania Oriental, en cuyo nombre ha insistido siempre en hablar el Gobierno de Bonn, como formulador y defensor ardoroso de la «Doctrina de Hallstein» (de rompimiento automático de las relaciones con cualquier país no comunista que reconociese al Gobierno de Pankow, entre otras cosas), ¿en qué posición se encontraría la Alemania Federal?

Hoy por hoy, una situación así sería intolerable, sencillamente. Esa es la razón fundamental de la frialdad con que la socialdemocracia alemana escuchó al jefe laborista inglés, de la insistencia en obtener garantías firmes sobre la permanencia del sector occidental de Berlín, de defensa, en fin, de posiciones y actitudes que se pide que sean condiciones previas a cualquier intento de neutralización hecho en el centro de Europa y que, en la práctica, tendrían como consecuencia el garantizar la continuación de la guerra fría. En el actual estado de cosas, la guerra fría ha llegado a ser considerada como algo consustancial con la situación en que se encuentra un país dividido. Sin la guerra fría, ¿en qué condiciones quedarían los regímenes comunistas de la Europa oriental y, sobre todo, en la Alemania Oriental?

Una y otra vez y con renovado vigor, de la Alemania Occidental, sale la más clara y decidida oposición a cualquier intento de negociación de un acuerdo de no-agresión entre la O. T. A. N. y el Pacto de Varsovia. La razón

en que se apoya esta actitud es clara: ¿Cómo puede negociar un pacto de no-agresión la O. T. A. N., una alianza formada con fines pura, únicamente defensivos?

En el fondo, hay algo más que esto: la insistencia soviética, por ejemplo, en la retirada de las tropas extranjeras (norteamericanas) de Europa y el abandono de las bases militares extranjeras (norteamericanas también) establecidas en Europa en los comienzos mismos de la guerra fría.

La retirada de las fuerzas norteamericanas es otra de las cosas que parecen más inaceptables, quizá hasta imposibles, cuando se empieza a tener la impresión de que pudiera convertirse en un hecho inevitable y sin que pase mucho tiempo. Por la Alemania Occidental, donde cala hondo ya la impresión de que hay algo que ha dejado de marchar bien, quizá porque en lo relacionado con la política europea de los Estados Unidos ya se toman decisiones sin haber tenido en cuenta para nada al Gobierno de Bonn (en realidad y hasta ahora al canciller Adenauer). Esa es una de las razones por las cuales en la Alemania Occidental se califica de absurda la idea de una retirada de tropas que habría de ser soviética no menos que norteamericana, por lo menos en lo que concierne a las dos partes en que está dividida Alemania (tres en realidad, pero si la reunificación parece empresa difícil, quizá por ahora imposible, ¿se puede pensar en una rectificación radical de las fronteras que dejan al Este, bajo soberanía polaca y soviética, a lo que por la Alemania Occidental se llaman los «territorios perdidos»?). Pero mientras las tropas soviéticas se retirarían a unos 500 kilómetros más atrás de sus posiciones actuales más avanzadas, para afianzarse al otro lado de la frontera polaca, que corre a lo largo de los ríos Oder y Neisse, ¿hacia dónde se retirarían las tropas norteamericanas? A posiciones que están a 5.000 kilómetros de distancia, en la orilla opuesta del Océano Atlántico nada menos.

Para la Alemania Occidental, el Tratado de Moscú ha sido un motivo de preocupación mayor que cualquiera de los acontecimientos que han podido producirse a lo largo de la actual postguerra. Posiblemente haya razones suficientes para ello. Ese tratado puede ser importante o puede no tener la menor importancia. Mucho se ha hablado sobre ello, tanto que quizá empiece a parecer sospechosa la mucha insistencia en demostrar que los Estados Unidos nada tienen que perder con él. Pero, se podría preguntar, un poco de pasada—en este lugar no queda espacio para resumir siquiera lo mucho que se ha dicho en favor y en contra del acuerdo que ha sido cali-

ficado por el doctor Edward Teller, llamado, sin su consentimiento, «padre de la bomba H», como una equivocación «trágica y espantosa», y por el presidente Kennedy, como «la apertura de un camino hacia nuevos acuerdos y, por lo tanto, una ayuda para reducir algo la amenaza de guerra»—, ¿estaría justificado el hablar tanto y con tan impresionante solemnidad de algo que carece de importancia?

En cualquier caso, se podría siempre dejar de hablar del Tratado de Moscú en sí y de lo que significa—que puede ser mucho, a manera de alivio, para los que se sienten acongojados ya ante la tendencia al incremento constante de ponzoñosas partículas radiactivas en la atmósfera—o de lo mucho que sobre él se ha dicho y discutido, para hacer hincapié tan sólo y de momento, como se hace aquí, en algunos de los aspectos que pudieran parecer circunstanciales y aleatorios, aunque tal vez acaben siendo fundamentales. Por ahora, al menos, existe un estado de mayor desorden y discordancia por el campo occidental que todo lo que se había conocido desde la terminación de la segunda guerra mundial.

Pudiera ser símbolo, después de todo, el hecho de que los rusos hubiesen dejado de interferir las emisiones de *La Voz de América* y la *B B C* para dedicarse a interferir las emisiones de *Radio Pekín*. Esto parece indicar que se ha producido algún cambio, acaso un cambio de verdadera importancia. De ser así, pudiera no estar falto del todo de razón quien insistiese pesadamente en que a un cambio es lógico esperar que sigan otros. Eso, pudiera ser probable, quizá inexorable.

JACINTO MERCADAL.